



PORTADA DE LA COLEGIATA DE AMPUDIA.

LA FELICIDAD.

VARIACIONES

sobre un tema de D. E. Florentino Sanz.

Hay en el corazón humano cierto instinto, no sé si inexplicable, pero al menos inexplicable, que mueve al hombre á hablar mas bien sobre lo desconocido que sobre lo conocido; sobre lo que está por saber, mejor que sobre lo que se sabe; sobre lo que no se sabrá nunca mejor que sobre lo que está por saber.

Mucho se ha escrito sobre este mundo; ¿pero se ha escrito ó se ha hablado jamás de él tanto como del otro, del cual nadie, que yo sepa, ha venido sino para encargar misas? Los libros de matemáticas abultan la milésima parte que los libros teológicos de todas las religiones, y el hombre antes de disecarse á sí mismo había disecado, analizado y explicado un millon de divinidades.

Pero no nos fijemos solo en la filosofía metafísica: pasemos á la física, y encontraremos el mismo fenómeno. ¿De qué ave se ha hablado mas que del ave fénix? ¿Cuándo se han ocupado los hombres del dragon con tanto afán como cuando hasta su tamaño ignoraban? ¿Se han dado para hacer alguna medicina tantas recetas como para la piedra filosofal? El magnetismo animal, ¿á qué debió su boga en París y su fama en todo el mundo, sino á sus procedimientos fantásticos y á su misteriosa teoría? Y en los mismos hombres, ¿creéis que Marat hubiese sido lo que fué, á no haberse presentado como un fantasma nocturno en las primeras horas de la revolución, con el rostro encubierto y su periódico desplegado en las manos? ¿Creéis que el mundo se acordaría ya de Cagliostro, si él no hubiera cuidado de

proveerse de una historia oriental tan maravillosa como oscura?

Pero tú dirás, impaciente lector mío, ¿qué tiene que ver todo lo dicho con lo que el título del capítulo prometía? ¿Qué tiene que ver con la felicidad?

Querido lector, este prólogo era indispensable por dos razones: primera, porque estamos en la época de los prólogos. Antes se escribían los prólogos para las obras; de algun tiempo á esta parte se escriben las obras para los prólogos.

Segunda, porque después de probar con los numerosos ejemplos que citados llevo, que el hombre habla mas y con mayor gusto de lo que no conoce que de lo que conoce, no parecerá á nadie extraño que yo hable de la felicidad, á quien nunca he visto ni de lejos, y asegure que si los demás hombres hablan de ella, es porque no la han visto tampoco.

Sí, lector querido, de la felicidad se habla como del ave fénix, el otro mundo, la piedra filosofal y el somnambulismo, porque no se la conoce y probablemente no se la conocerá.

Y si no, lector querido, dime: ¿eres feliz?

¿Has sido feliz alguna vez?

¿Con qué serías feliz?

Si no conocerte puedo asegurar que á las dos primeras preguntas has respondido negativamente. En cuanto á la tercera, has dicho si eres joven:—Yo sería feliz con un ó una (según tu sexo) amante que sintiese por mí lo que yo sentiría por ella.

Si eres pobre, con riqueza.

Si eres soltera, con un buen marido.

Si eres casada ó casado, con enviudar.

Si eres sastre, con ser pintor, y si eres pintor, con ser sastre.

En fin, de seguro que has respondido á la pregunta señalando como la felicidad una cosa que no tienes.

10 DE SETIEMBRE DE 1854.

Pero te haré observar que otros muchos tienen en el mundo lo que tú llamas *la felicidad*, y sin embargo no son felices.

Antes al contrario, si te encontraras la amante suspirada, suspirarias por el tiempo en que no conocías el amor.

Si alcanzases riquezas, volverías lánguidamente los ojos á lo pasado y echarías de menos la alegría que rodeaba tu miseria.

Si te casaras, aunque fuera con San José, habías de maldecir á tu marido.

Pero si enviudases, le habías de echar menos hasta que encontrases otro que te haría echarle de menos doblemente.

Es pues la felicidad siempre lo que nos falta, y deja de ser felicidad en el momento en que lo poseemos.

Por esta definición se ve cuán equivocados están aquellos moralistas que quieren darnos reglas para alcanzar la felicidad; pues consistiendo su esencia en no ser alcanzada, sus reglas á lo mas nos conducirán á destruirla.

Es verdad que no todos los autores son de mi parecer, y hay autoridades muy respetables que opinan que la felicidad es una cosa cierta y conocida de muchos.

Hay hasta autores que la han dado su código y la han reglamentado juiciosamente.

Por cierto que uno de estos autores, el P. Cárdenas de la Puente, se suicidó algunos días después de haber concluido su tratado.

Pero yo, por las razones que apuntadas llevo, no puedo pertenecer á su opinión.

Los que me parece que han hablado con mas juicio, son religiosos que han colocado en el otro mundo y han hecho de su deseo una prueba de la otra vida. Aunque estuvieran equivocados no tendrían miedo de que nadie los desmintiese; pues los que se mueren, únicos jueces competentes en la materia, no habían de hacer espresamente un viaje mal intencionado desde el otro mundo para quitarles el crédito é impedirles vivir de su ingenio honradamente.

Es además la otra vida para los hombres lo que la España para los franceses. Se les han contado de ella tantas cosas, que si se les dijera la verdad la creerían cuento, y ya es necesario mentir para no pasar por mentiroso.

Así pues, en aquel sitio está *la felicidad* perfectamente colocada.

Lo que es en nuestro mundo solo la tienen los tontos, y esto se explica perfectamente por las sagradas letras.

El mundo está condenado al dolor por haber comido, personificado en Adán y Eva, la manzana del árbol de la ciencia, y los tontos podrán haber comido muchas manzanas, pero de aquella ni aun la cáscara: así es que no padecen la pena.

Para explicarme lo escasa que es la felicidad en el mundo, una abuela mia me contaba un cuento que voy á contar á mis lectores aunque no tengan gana de que le cuente.

Reinaba en España D. Pedro, llamado el justiciero ó el cruel: según el capricho ó la parcialidad de los que han escrito su aun mal desentrañada historia.

Parece ser que este buen rey tenía el genio violento y la voluntad ardiente, por lo cual todos temblaban cuando mandaba algo en que no se le podía obedecer.

Esta violencia de carácter se aumentaba cuando caía enfermo, hasta el punto de ser intolerable á los mismos cortesanos, y de hacer darse al diablo quince veces por minuto á su pobre médico, sobre cuyas espaldas descargaba frecuentemente la tempestad.

Un día que el rey, á causa sin duda de algun esceso en la comida, se sintió repentinamente enfermo, llamó á su médico y le dijo con una voz en que se conocía bien que no hablaba de broma:

—Si no me das una medicina que me cure repentinamente, te mando cortar la cabeza.

El pobre médico llevó instintivamente las manos al cuello, y sintió que la sangre se helaba en su corazón; pero cobrando fuerzas de flaqueza:

—Señor, respondió, un solo remedio hay que pueda curar repentinamente el mal que V. A. padece; pero yo no le tengo en mi botiquín.

—Tú eres médico y no boticario, dijo el rey; receta, y cuenta mia es buscar el remedio.

—Pues señor, dijo el médico, V. A. se curará repentinamente poniéndose la camisa de un hombre feliz.

El rey no comprendió que un hombre con la cuchilla en la garganta pudiera bromearse, y tomó por lo serio la receta.

Pronto salieron sus agentes por toda Sevilla buscando á un hombre feliz para quitarle la camisa, y por ninguna parte pudieron hallarle. Recorrieron las casas de los ricos, y solo hallaban el fastidio.

Las de los hombres de talento, y los encontraban muriéndose de hambre.

Les señalaron la casa de uno á quien ni por casualidad había salido mal cosa alguna en su vida, cuyos deseos se habían realizado

siempre, y cuyas esperanzas habían producido mas de lo que prometieron. Todos decían: ese hombre será feliz.

Los emisarios del rey D. Pedro espolearon sus caballos y se lanzaron hácia la casa de este hombre; pero llegaron demasiado tarde, pues acababa de suicidarse de desesperación porque todo le salía bien.

Esté suceso desesperó á los emisarios, que volvieron melancólicamente hácia el alcázar contando que la distancia que de él los separaba era la que los separaba de la muerte, pues no llevaban lo que el rey D. Pedro había pedido. Al pasar por el puente encontraron á un viejo que apoyado en un palo miraba con los ojos cubiertos de alegres lágrimas cómo jugaban dos follizos cuanto sucios muchachos de cinco á seis años, reclinados en la arena delante de él.

El buen viejo se extasiaba mirándolos y decía: Pobres nietecitos, jugad, jugad, que vuestro gozo es el mio... ¡qué feliz soy!

Apenas oyeron esta palabra los emisarios del rey D. Pedro, dieron un grito de alegría y se lanzaron sobre el pobre viejo con tanta furia, que faltó poco para que le ahogasen, y sin darle explicación ninguna, empezaron á desnudarle precipitadamente; pero cuando medio desgarrada, medio arrancada, le hubieron sacado la ropilla, lanzaron un grito de horror y de desesperación.

Iban á buscar la camisa de aquel hombre feliz, y aquel hombre feliz no tenía camisa!

Este es el cuento de mi abuela.

Yo que acepto en él muchas cosas, no puedo aceptar otras tales como la aventura del viejo que le sirve de conclusion, y de la cual parece desprenderse, que para ser feliz es condicion esencial no tener camisa.

Yo creo que la pobreza no puede conducir á nada bueno, á menos de que se haga de ella un mérito para volver al Paraíso, y que los descamisados están aun mas lejos de ser felices que los demás hombres, porque lo están por dos razones.

1.^a Porque son hombres.

2.^a Porque son descamisados.

Porque si bien la felicidad no se puede comprar porque no existe, caso de que existiera se granjearia con el dinero.

Lacritz ha dicho que la felicidad se componia de dos sentimientos tristes: el recuerdo de la privación anterior y el temor de perderla; pero esta no es la felicidad, sino el placer, que se diferencia de ella como el relámpago del día, en que aquella es constante y este es fugaz.

No me detendré mas en probar mi máxima de que la felicidad es un sueño irrealizable, el objeto de un deseo sin objeto, un sentimiento informalado, una palabra de ripio colocada en los diccionarios de todas las lenguas, para demostrar que todos los pueblos pueden equivocarse á un tiempo.

Esta máxima está suficientemente probada con lo que llevo dicho.

Pero antes de terminar quiero hacer una reflexión que incidentalmente brota de este asunto. Se dice comunmente que el objeto de la ciencia es la felicidad, y que el hombre de mas talento es el que sabe ser mas feliz.

Ahora bien: el modo de alcanzar la felicidad consiste en contentarse con lo que se tiene sin desear otra cosa ni echar de menos los deseos.

El hombre que únicamente puede hacer esto es el tonto, si el tonto es hombre; y por eso, como he dicho antes, el tonto es el único para quien la felicidad humana no es una ilusión. De lo cual se sigue que el verdadero talento consiste en la tontería, y que el hombre será tanto mas sabio cuanto mas tonto sea.

La consecuencia es lógica como un silogismo de Aristóteles, y no tiene vuelta de hoja.

¿No os parece, amados lectores míos, que es lógica consecuencia tambien de esta consecuencia que la civilización que trata de instruir y hacer sabios á los hombres, ó ha tomado el camino mas largo, ó está equivocada y marcha al punto diametralmente opuesto de aquel á que se propuso ir?

¡Envanescámonos pues de nuestras ciencias; envanezcámonos de nuestra civilización! En último resultado, acertando en sus propósitos nos conducirán al estado salvaje, al estado de estupidez! He dicho.

PABLO GAMBARA.

BOCETOS PARISIENSES.

Cuadros fisiológicos

QUE COMPRENDEN CIERTA CLASE DE ANIMALES RAROS NO CLASIFICADOS HASTA HOY, AUNQUE PERTENECEN Á LA HISTORIA NATURAL DEL GÉNERO HUMANO.

EL PAJARO NEGRO. (LA BÉTO-NOIRE.)

«Bendito sea el que inventó el dormir,» dijo Sancho: bienaventurados los que duermen, digo yo, porque de ellos es el reino del sosie-

gó: y cuando digo los que duermen, es mi suprema voluntad que se tome esa palabra, no en su sentido genuino, sino aplicable y aplicada á los que teniendo los ojos tan relucientes como carbunclos, duermen segun los espiritualistas con los del alma, y pertenecen á la gran familia de zotes, propiamente dichos; si bien segun los materialistas, alguna protuberancia que abulte mas ó menos sobre la esfera del cráneo, la forma mas ó menos irregular del guarda-pólvo que la naturaleza nos da para la masa cerebral, es la causa eficiente de que muchos prójimos, mal de su grado, esten comprendidos en la numerosa sección de los estúpidos.

Con estos hablo y á estos me dirijo, cuando repito: bienaventurados los que duermen, porque de ellos es el reino del sosiego.

La ignorancia supina no es verdaderamente una cualidad que merezca ser envidiada, á lo menos en mi opinion; cada uno es dueño de pensar como quiera y le acomode; pero lo que sí creo en lo íntimo de mi conciencia que es bueno, mas que bueno, útil, y mas que útil, ventajosísimo para el yo, es ser un poco torpe, bien de conveniencia, ó bien por naturaleza.

La proposición que acabamos de sentar puede parecer á los ojos de algunos de mis lectores demasiado atrevida: casuista habrá que ponga el grito en el cielo, y que añada que quien tal dice es zurdo y escribe con la mano izquierda, porque no sabe dónde tiene la derecha. Vamos á cuentas: un poco de paciencia; que me siga en las demostraciones que voy á presentar, y que yo me vea por el resto de mis años condenado á vivir entre odaliscas georgianas, con una renta de doscientos mil pesos fuertes todos los años, y la robustez y salud que he contado en el primer tercio de los que han pasado por mi cabeza (maldición que no deja de ser terrible), siempre que no les pruebe, como veinte y veinte suman cuarenta, que en cuanto he dicho me sobra razon por libras, mientras á los opositores les falta por adarmes.

Entremos en materia.

Vaya la teoría antes de los ejemplos:

PRINCIPIO SENTADO: «Es ventajosísimo para el yo, ser un poco torpe.»

PRUEBAS TEÓRICAS.—1.º Todos los extremos son viciosos; la sabiduría ó la ignorancia, verdaderos polos diametralmente opuestos, si rayan en el extremo, la víctima ha hecho un pan como unas tortas; ergo los términos medios son los buenos; ergo ser algo torpe es ventajosísimo para el yo.

2.º—El hombre que posee grandes facultades intelectuales, tiene conciencia de su dignidad y de su mérito poco comun; como el siglo XIX es positivista por excelencia, y en este siglo dineros son calidad, este hombre lleva consigo la triste pesadilla de ver á un Juan Pascual, barbarote de á folio, mas respetado y á mas altura en las consideraciones sociales, porque tiene mas piececilias de á 5 francos; ergo el primero se martiriza: se maldice, se envenena, se fastidia, se irrita, se despecha, se corroe, se desvive, se consume, se suicida, ó se... lo lleva pateta.

Ergo la inteligencia muy desarrollada es un mal; ergo ser algo torpe es ventajosísimo para el yo.

3.º El hombre que sabe es un animal que con la fuerza de la electricidad provoca la envidia de los ignorantes; el envidioso es el peor enemigo, porque siempre asesta sus tiros por la espalda; y como estos tiros son siempre á quemarropa, la víctima, si escapa de uno, cae en otro; ó por lo menos lucha constantemente y representa el papel de un jabali acosado por una jauría de perros de presa; ó de la araña, que en la jurisdicción del ojo perspicaz de una portera, lleva cada escobazo que canta el misterio. Ergo la superioridad de inteligencia es peor que el pecado original visto por el catalejo de aumento de los hijos de San Ignacio de Loyola (vulgo Jesuitas); ergo es ventajosísimo para la salvación del número uno, ser algo torpe.

4.º Y concluyen las pruebas teóricas. El mundo se compone de hombres entendidos, y de hombres que si pegan un tropezón y caen, continúan su camino á cuatro patas; mas claro y menos alusivo, de brutos y no brutos: todos los que han estudiado la estadística de los pueblos convienen en que la suma de los ignorantes escede, respecto de los hombres de saber, en razon de un 99 por 100; la mayoría en todos los hechos y las cosas da la ley; ergo vale mas hacer masa comun con la mayoría, si queremos poner la piel á salvo; ergo en conclusion, vale mas por lo menos ser algo torpe de conveniencia, cuando no se tenga el privilegio de serlo por la naturaleza.

PRUEBAS PRÁCTICAS. Para esta sección tendríamos que escribir en papel continuo, é ir atestando almacenes de volúmenes *in folio*; y yo maldito el humor que tengo para ello. El Pájaro Negro nos dará mas de un motivo que legitime nuestro propósito, por las patentes demostraciones que, pintándole fisiológicamente, proporcionará al curioso lector.

Con el título de *La Bête-noire* se califica en Francia á todo *bi ho viviente* del uno ó del otro sexo que perteneciendo á la familia humana, desempeña el triste papel de pesadilla, de animal que estomaga,

de obstáculo, de inconveniente, de antípoda, de animal que carga, que revienta, que es insoportable. Esta calificación convencional, este modo de bautizar las criaturas que tienen la condicion del plomo, permite que cada uno conozca en el círculo de sus relaciones mayor ó menor número de Pájaros negros; y pobre del que no sea mas político que un cortesano con esta clase de abejorros, porque entonces tiene que andar á cachetes ó á balazos, y ni una cosa ni otra es muy agradable que digamos.

Uno de los Pájaros negros mas eminentemente bárbaros es el acreedor. ¿Quién es el penitente, que teniendo algun crédito (lo que se prueba por las deudas que lleva contraídas ó que puede contraer), si ha firmado algunos *effets*, letras de cambio, ó se ha comprometido bajo su palabra á devolver alguna cantidad en día determinado, no anda, como vendedor de yesca, huyéndole el bulto al *Huissier* ó al judío, si llegado el término está con el bolsillo mas limpio que una patena, y naufragando de esperanza en esperanza, para salir airoso del poder de su verdugo? ¿Quién es el penitente que en caso semejante, si tropieza de manos á boca con la importuna máscara de su acreedor, y ha agotado por desgracia el número de las promesas fallidas, y el diccionario de las palabras mas urbanas y corteses, que no reciba de hospite insultato, ó una grosería insultante, ó una cox que deja muy atrás las que en un raptó de elocuencia pega el mulo? Pues bien: como en casos semejantes la persona que padece suele traer la bilis en un estado de ebullición que escede al legítimo vino de Champagne, regularmente suele haber que el diálogo pasa á vias de hecho; y las desvergüenzas reciprocas con que se elogian tambien suelen ir condimentadas con la salsa del puño.

Para estos casos conviene con preferencia que el insultado se haga el desentendido, é ignore hasta el sentido de las palabras que ha empleado su contrincante; porque de otro modo, la cosa puede parar en cárcel ó galeras, y esto no tiene vuelta de ojo.

Lo dicho puede servir de ejemplo para corroborar la teoría que emitimos antes. Es muy ventajoso hacerse el tonto.

De lo que va explicado se deduce que pueden y deben ser considerados como Pájaros negros:

- 1.º El casero.
- 2.º El sastre.
- 3.º El zapatero.
- 4.º El peluquero.
- 5.º La lavandera.
- 6.º La fonda.
- 7.º El mozo de café.
- 8.º El médico.

Y cuantos mas seres *inhumanos*, de los que tienen la humanidad de abrir crédito al necesitado.

Como hemos sentado ya la regla general para que á nuestro tipo se le conozca hasta por el olfato, cada uno por sí mismo puede determinar quien es su pesadilla, y todo el que le horripile, ese será á no dudarlo su pájaro negro.

El pobrecillo que en su afán de cortejar á diestro y á siniestro, sitia una plaza que tiene jefe, por otro nombre marido, al que, segun unos, se llama *edil responsable*, y segun otros, *paraguas social*, ya sabe que se las tiene con un pájaro negro, y de tales garras, que si por desgracia este está educado en la escuela de Otelo, puede haber cabezas rotas, cuando no haya pérdida de miembros.

El poeta dramático que espera como el santo advenimiento que la censura dé pasaporte á su obra, para que cuanto antes se le abra la caja de cualquiera de los teatros, si por lo regular hace antelas sin éxito, y con la paciencia de Job espera... espera... espera... claro es que puede apuntar en el libro verde, en la columna de los pájaros negros, al censor.

El esclavo africano que durante el miserable estado á que se ve reducido cambia de amo, y por huir de Scila cae en Caribdis, concluye por contar que todo blanco es su pájaro negro.

El escritor que va á encajonarse en una buhardilla, entre otras razones, por escasez de plata, y porque necesita tranquilidad para inspirarse, y se da de manos á boca con una vecina corista de la Grande Opera, que se pasa todo el día haciendo gorgoritos; ó bien con un vecino que toca la trompa en la orquesta del Gymnase, y este por necesidad tiene que estar ensayando las notas que solo debemos oír el día del juicio; ó es casa cuyo patio le toman por asalto los mil y un organizados que recorren las calles de París, ya le ha caído la lotería; porque los tres pájaros negros citados son á cual mas insoportable. En caso de eleccion la mia no seria dudosa: tendria la paciencia de sufrir la corista como no escediera de los treinta años, aun cuando tuviese el defecto de ser muy hermosa: yo me pinto para tolerar faltas como la última.

Para el que llaman ante un tribunal con razon ó sin ella, ya se sabe que no solo cae entre una granizada de pájaros negros, sino que

estos por lo listos se identifican mucho con la familia de los buitres, salvo error ú omisión.

Al que soplan de patitas en la cárcel, bien por la friolera de haber descerrajado un baul, ó por haber pegado alguna *mojadita* que costó ó pudo costar la muerte de algun prójimo, claro es que amen de escribas y fariseos, de jueces, letrados, escribanos y procuradores, su mas inmediato *pájaro negro* es el alcaide.

No solo los hombres; los pueblos, las naciones tienen tambien sus *pájaros negros* á quienes respetan, y de quienes con la mejor voluntad del mundo quisieran verse desembarazados.

Por no mezclarme en el vedado terreno de la política no digo quiénes sean los que merecen esa calificación respecto de los pacientes que se llaman súbditos: esas son cuentas de otro rosario; allá el lector, sin devanarse mucho los sesos, podrá decir con mas acierto que yo quiénes sean aquellos, y aun pintarlos con sus pelos y señales: mis retratos son á la pluma, y no pasan de ser bocetos; el que quiera presentármelos mas al natural, que les dé el colorido que les falta; que yo creo haber hecho bastante por mi particular; y si no, culpa es del malditísimo humor que hoy tengo, que de seguro no cesará hasta que se sortee *Lotería Picarde* y me den la desagradable noticia de haberme tocado el primer premio (los cien mil francos); porque entonces la *Champagne* disipará el esplin que se ha apoderado de

ANDRÉS AVELINO DE ORIHUELA.

UN MONTMORENCY.

(Conclusion.)

—Hé aquí nuestra primera falta; y vos, monseñor, la habeis querido, replicó Montmorency. Vos me habeis obligado á dirigirme á Richelieu cuando es á él á quien queremos derribar: habeis contado con su influencia para hacer pública la declaracion del rey que os destierra del reino: y es su influencia la que quereis echar por tierra. ¿Qué hemos ganado? Que Richelieu, que hasta ahora tenia bastante prudencia para no irritar á la provincia, se haya animado con nuestra debilidad, y declarado nulo el voto de los estados, declarando culpable de lesa majestad á todo obispo, baron ó diputado que no niegue lo que ha hecho en los quince dias, y juzgándose á un duque y par de Francia traidor é infame, con privacion de mis títulos y confiscacion de mis bienes.

Esta medida que nos ha valido tantas defecciones, la ha dictado vuestra duda: temed que vuestra tenacidad no nos pierda hoy del todo.

—¿Y es este, dijo Meterni con un desden brutal, este valiente Montmorency que decia asegurarnos la conquista de todo el Languedoc? Quiero que me corren las orejas, si en ocho dias no permite que se entierren todos los valientes que os han seguido.

—Os respondo que siempre habrá un sitio para vos, replicó Montmorency no pudiendo ya contenerse.

—Y para cualquiera otro que pueda venir en vuestra ayuda, dijo Duellier adelantándose.

—Señores, señores, esclama Gaston, paz si os agrada. Señor de Meterni, olvidais el rango del duque de Montmorency; y vos, Henri, olvidais el mio.

Dejemos á un lado discusiones, y pensemos en ver qué es esa nube de polvo que se eleva al fin del camino: reparad á las armas, á las armas! ya veis, Montmorency, que Schomberg se encarga de fijar nuestra irresolucion.

Al momento se adelantaron algunos caballeros para reconocer este destacamento; pero en lugar de replegarse para dar aviso, se aproximaron del todo, y uno de los jefes de esta tropa destacándose de entre los suyos al galope, llegó bien pronto al sitio que ocupaban aun Gaston y sus generales.

—¡Diablos, señor borracho! como decia nuestro padre, ¿qué haceis aquí, hermano mio, mientras que Schomberg pasa el Fresquel sobre un viejo puente casi arruinado, y se adelanta hácia Casternaudany, cuando teneis enfrente un puente nuevo para llegar antes que él? ¿Esperais que se fortifique para atacarle?

Al decir estas palabras el conde de Moret se apeó de su caballo saludando á Gaston y tendiendo la mano á Montmorency: despues continuó sin esperar respuesta:

—He sabido en Alve que habrá aquí ocasion de desenvainar la espada, y he venido con ocho cortenos de caballería para hacer un poco de ejercicio y estirarme un poco los miembros.

—Ah! eres tú, mi buen amigo Duellier? dijo el conde de Moret: nuestros padres fueron infieles á sus mujeres cuando nosotros vinimos al mundo: obligacion nuestra es probar que la buena sangre viene de los hombres y que tú eres Montmorency como yo soy Borbon.

—Esto no impide que tengais una barra en vuestras armas, replicó el grueso canónigo Meterni, el noble mas antiguo de los Países Bajos.

—Mi barra, replicó Moret, ocultaré bajo mi espada, y desgraciado del que se atreva á mirarla.

El Liejense se mordió los labios, y hablaron de las disposiciones del combate que las nuevas maniobras de Schomberg hacian inevitables: decidieron pasar el Fresquel, y Montmorency y Duellier fueron en persona á reconocer la posicion del ejército real. Vieron que Schomberg se habia establecido en un gran pedazo de tierra labrada comunmente, llamada la Fité, situada á la izquierda del camino que viene del puente á Castevnaudary: este campo que estaba rodeado de largos fosos que hacian muy difícil la aproximación, dominaban el camino hasta el punto de poder destruir desde él á los que intentáran pasar; era pues necesario desalojar al enemigo si se queria tomar á Castevnaudary. Para conseguirlo M. colocó enfrente de Schomberg y paralelamente á Fresquel, el centro de su ejército, cuyo centro se reservó: le componian los voluntarios, una parte de los Liejenses y un regimiento de infantería. Su izquierda se extendió del mismo modo á lo largo de la ribera, bajo el mando del conde de Moret, que tenia con él sus ocho caballos, los polacos de Meterni y un batallon de infantería. El duque de Montmorency tomó la derecha y se adelantó con doscientos caballos que le pertenecian y un batallon de infantería. De este modo el ejército de M. estaba dispuesto de modo que podia atacar á una vez á Escombe por el frente y por los flancos.

Montmorency poniéndose á la cabeza de su division habia dicho á Duellier que se quedase cerca del conde de Moret y vigilase los movimientos de los jefes extranjeros de quienes no tenia mucha confianza. Al principio algunos mosqueteros del ejército real se adelantaron á escaramucear; pero fueron rechazados, y comenzó el fuego entre las dos infanterías. Se conoció al momento que Schomberg hacia una resistencia muy débil, y temiendo Montmorency que el mariscal se aprovechara de su ventajosa posicion para ordenar su retirada y apoderarse de Castevnaudary quiso decidirlo todo de una vez, y se dispuso á dar una carga á la cabeza de sus doscientos ginetes. Pero en el momento en que su escuadron se disponia para ejecutarlo, ve llegar á toda rienda al conde de Moret.

—Señor duque, le gritan cuando Henry pudo oirle, hacer detener vuestros caballos, ó pasarán sobre nuestros cuerpos. El honor de la primera carga me pertenece, y no os la cederé como lo hizo el duque d'Elbeuf á Baucarrie, aunque su casa era la mas antigua del mundo despues de la de Francia.

—No se trata aquí de derechos de sangre, respondió vivamente el duque de Montmorency, ni de preeminencias de los rangos militares.

—Esto es lo que haremos que se decida en tiempo mas oportuno por una junta de generales, respondió el conde de Moret. En cuanto á mí, juro que no sufriré que tome la iniciativa Montmorency, cuando hay en el ejército un individuo de la sangre de Borbon.

El duque Henrig tendió una mirada sobre las tropas de Schomberg, y al ver que se aprestaban á hacer el movimiento que él habia previsto, respondió con cólera:

—¿No veis que Schomberg se nos escapa?

—Pronto le volveré á coger, replicó el conde; pero no cogeria tan pronto la usurpacion de mi rango, que convertiriais en un derecho si os permitiera cargar antes que yo.

—Id pues, esclama Montmorency con entusiasmo al ver á Schomberg ganar el camino.

En seguida, ajado su amor propio, grita al conde de Moret:

—No olvidéis sin embargo que si os cedo la primera embestida, no es por vuestra nobleza, sino porque teneis polacos á vuestro mando, y sé que la cortesania francesa debe guardar consideraciones á los extranjeros.

En seguida el conde Moret volvió á ponerse á la cabeza de su caballería y mandó la carga: él mismo se lanzó el primero, llevando á Duellier á su lado: los polacos le siguieron, presididos por Meterni; pero apenas llegó el conde á orillas del campo de Schomberg, fué acogido por una viva descarga de mosquetería. Llevó la mano sobre su corazon, y dando un grito cayó sin movimiento: habia recibido cinco balazos en el pecho. Duellier, furioso, llamó á los polacos, que se habian detenido al ver caer al conde: corrió hácia ellos y quiso escitarles á la venganza; pero entonces exclamó Meterni que no tenian mas obligacion que hacer la guardia á M. y defender á la artillería, y les mandó retirarse. Duellier no hizo esperar mucho tiempo su respuesta; de un sablazo hendió el casco del canónigo Liejense, y como este quisiera sacar una de sus pistolas, se echó sobre él con furor exclamando:

—¡Ah traidor! el jesuita Arnoux te ha recomendado á Montmorency; ¡mejor hubiera hecho en recomendarle á Satanás!

Y de una sola estocada le tendió muerto á sus pies: y se puso á gritar á los polacos:

—¡Adelante! ¡adelante! Pero estaban ya dispersos y no le oian.

Se quedó solo un momento entre los dos ejércitos, y metiendo espuelas al caballo corrió á reunirse con Montmorency. El duque había visto lo que acababa de pasar desde el principio de la carga, y había juzgado que Meterni era un cobarde ó un traidor, porque en lugar de estar con su tropa dos cuerpos de caballo del conde de Moret, se había mantenido á gran distancia. Así, cuando vió á los polacos huir á pesar de los gritos de Duellier, dijo al coronel Rieux que estaba á su lado:

—¡Traición! á fé mia, ¡traición! si no decidimos inmediatamente la victoria, todo el resto de esta canalla extranjera va á dispersarse y arrastrar consigo á nuestras tropas...

—M., le respondió Rieux, traigamos nuestro cañon y barramos el camino, porque nuestros caballos no saltarán nunca el foso que nos separa de Schomberg.

—Y bien, de Rieux, replicó el conde riendo, hace mucho tiempo que hemos ganado vuestras espuelas; es preciso que ellas nos ganen hoy la batalla.

—M., dijo el viejo coronel, moriré á vuestro lado.

Pero Soudeille, reuniéndose entonces al duque, que disponia á su

con la de Ventadour. Se acercaron al galope á 25 pasos de la infantería Real, y no distaban mas que diez pasos del foso, cuando fueron recibidos por una descarga general. Doce ginetes de la compañía de duque cayeron muertos, mas de 50 fuéron heridos y desmontados; los demás huyeron; pero ninguno de los cinco capitanes vaciló, ni el duque, que blandiendo su espada siguió adelante. Los cinco intrépidos le siguieron, y saltaron el foso con espada en mano y las espuelas en los hijares de sus caballos. Después de este esfuerzo prodigioso dieron aun algunos pasos, pero el ejemplo que debían á sus soldados estaba cumplido. Las heridas lo demostraron; el valor que había escedido al dolor fué vencido á su vez; la fuerza faltó á esta nueva decision. Villeneuve y Breuil heridos en la cabeza cayeron los primeros; Raré con los dos brazos rotos, sin poder tener su espada, fué llevado lejos del combate por su caballo: de Rieux con una pierna rota trataba de agarrarse á las crines de su caballo, pero rodó á sus piés: Soudeilles había muerto; y Montmorency herido de ocho balazos llegó solo hasta el primer cuerpo de infantería. Destruyó este primer cuerpo, destruyó el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto, el sexto, y llegó al últi-



caballería para la carga, le detuvo en el momento en que iba á dar la señal.

—Por Dios, le dijo, monseñor, si tal es vuestra resolucion, cambiad al menos de caballo; no designeis el objeto á vuestros enemigos; ya han herido al general en jefe, y es descubrirles el corazon marchar sobre ellos en semejante traje.

En efecto, Montmorency montaba un soberbio caballo gris perla, adornado con un plumero encarnado que llamaba mucho la atencion. En cuanto á él, no tenia mas que una coraza damasquina de oro y un casco muy ligero.

—¡Tanto mejor! respondió el duque, si reconocen á Montmorency les temblará la mano de tirar tan alto.

—No les ha temblado, replicó Soudeilles, para matar al hermano del rey Antonio de Borbon, conde de Moret. Es un golpe de que deben de estar muy contentos.

—Entonces, esclama Henri con ese entusiasmo guerrero que se preocupa de cualquier cosa, les temblará de alegría.

Y sin escuchar mas ordenó la carga.

Partieron cinco de frente: eran: Breuil, Raré, Rieux, Villeneuve y Soudeilles. El duque iba delante: su compañía de guardias le seguia



mo con seis heridas, y aun allí mató tres hombres con el pomo de su espada rota. Había atravesado el duque el batallon, y seguia avanzando cuando oyó pronunciar con furor el nombre de Montmorency por el baron de Gustavo. Tres caballeros se lanzaron á la brida de su caballo: eran el baron de Laurieres, su hijo, y el señor de Beauregard que gritaba al duque que se rindiese. Este respondió á Beauregard con un pistoletazo que resbala sobre su coraza hiriéndole en el brazo izquierdo: Beauregard con la mano derecha atraviesa de dos balazos al duque de Montmorency. El baron se adelanta con la espada levantada, el duque le echa por tierra de un golpe con el pomo de la pistola, se acerca á su hijo y le quita la espada; pero apenas se encuentra armado de nuevo, ensangrentado, exánime, lleno de heridas y buscando con la vista alguna nueva victima, cuando su caballo lleno de balazos se encabrita, da algunos pasos, y al fin cae muerto, separado 50 pasos mas allá de la infantería Real, arrastrando á su dueño en su caída. Nadie tuvo el honor de ver la caída de Montmorency; tenia 17 heridas cuando sucedió.

El duque hizo vanos esfuerzos para levantarse, y no habiendo podido conseguirlo, se puso á gritar: Montmorency! Montmorency!... Boutillon y Sainte-Marie, sargentos de guardias francesas, acudieron á

este nombre. Libre el duque del peso de su caballo, se levantó al momento, pero no pudo sostenerse, y dijo á Boutillon que quería limpiar la sangre que corría de sus heridas.

—Amigo mío, necesito mas un confesor que otra cosa. Procurad buscar al de M. Schomberg... después se dirigió á Saint-Marie:—En cuanto á vos, si sois siempre el valiente sargento que me ha servido otras veces, tomad esta sortija y llevádsela á la duquesa de Montmorency con este pañuelo empapado en mi sangre.

Sainte-Marie tomó estos dos objetos, y Boutillon iba á ponerse á las órdenes del duque cuando llegó su capitán.

—¡Desatadle la coraza y quitadle el casco! les gritan; aflojadle su colete, ó morirá asfixiado.

—M. Saint-Brenie! le dijo Montmorency, necesito un confesor.

—Valor, respondió el capitán, esto no es nada. Voy á tomar órdenes del mariscal, y os traeré su confesor y su cirujano. Dios es bueno, y el médico no es malo.

—¿Que hay de nuevo? dijo el duque poniéndose de pié.

—Vuestra compañía de gendarmes quiere derrotarnos; la manda un jóven con plumero negro á quien parece que no se atreven á tocar las balas.

—Ah! es Duellier, es mi hermano, replicó el duque; y blandiendo su espada sobre su cabeza se puso á gritar: ¡Montmorency! ¡Montmorency! pero la sangre que salía de su herida de la garganta le sofocó, y volvió á caer en los brazos de Saint-Marie. Este, ayudado de Boutillon, cogió al duque en sus brazos y le llevó á una alquería que se distinguía desde el lugar del combate: Boutillon corrió por su parte á Castevnaudary para preparar allí un alojamiento. Durante este tiempo Saint-Previl había llegado adonde estaba Schomberg, le había contado en pocas palabras la temeridad del duque y lo atrevido de su ataque, y cómo había caído en su poder. A esta noticia no pudo Schomberg reprimir su primer trasporte de alegría, y volviéndose á sus ayudantes les dijo:

—Señores, señores, mandad tocar retirada: se ha ganado la batalla, se ha concluido la guerra; Montmorency está prisionero.

Á LA SEÑORITA...

EL BELLO PRADO.—FLORA Y LAS FLORES.—TU RAMILLETE.

I.

Un lugarcillo conozco,
Entre dos lomas tendido,
Por un bosque guarecido
Y arrullado por la mar;
En el valle crecen flores,
En el bosque canta el ave,
Y á lo lejos, de la nave
Se oye la quilla surcar.
Susurran las dulces brisas
Al retozar con las flores;
Y cantan los ruiseñores,
Y se cierne el colibrí;
Matizadas mariposas
Se posan por breve instante
Ya sobre el lirio galante,
Ya sobre el blanco alelí.

Murmuran rodando lentas
Dos fuentejillas sabrosas,
Y en sus márgenes musgosas
Crecen el tilo y moral;
El césped mullido invita
Con su verde, grata alfombra,
Y del monte entre la sombra
Se oye el trino del turpial.

Colinas, llanos y bosques,
Aves, y fuentes, y flores,
Auras, brisas, y rumores,
Ciervos, liebres,—todo aquí
Se ve, se escucha, se admira,
Todo perfuma y hechiza,
Todo al alma magnetiza;
Todo es edénico allí.

De toda estacion y zona
Allí se encuentra la gala:
Todo olor allí se exhala,
Se oye todo dulce són;
Al par de robusta ceiba
Se alza enhiesta la palmera,

Y á su sombra placentera
Lanza el dinca su canción.
Un cielo siempre sereno,
Siempre azul y nacarado,
Sobre ese sitio adorado
Se suspende con placer;
Allí se alejan las penas,
Y es inefable la calma:
Nueva vida siente el alma,
Libre vaga por doquier.

II.

Y en ese valle grato, hechicero,
Dó tantos bienes mi alma gozó,
Un dulce canto cual de jilguero
Entre las flores tierno se alzó.

—Era una Maga de buen talante,
De azules ojos, de casta sien,
De esbelto talle, breve, elegante,
Manos de rosa, de lirios pié.
La frente tersa de luz radiante,
Alegre y franca la linda faz,
Sobre sus labios sonrisa amante,
En sus miradas amor y paz.

El cuello enhiesto y alabastrino,
Pecho y espalda de leve hurf,
Blondos cabellos—timbre argentino,—
Aliento grato como alelí.

—Era la reina de la floresta:

Bajo su planta nace el clavel,
Al aura errante perfume presta
Y á la ojicanta presta su miel.
Le aman las flores, le aman las aves,
Susurra el bosque cuando ella va;
La dan los montes ecos suaves,
Y el cefirillo besos la dá.

La siguen doquiera las bellas Ondinas;
Y perlas la ofrecen la fuente al cruzar;
Se alejan al verla las pardas neblinas,
Y el sol con sus rayos la manda á obsequiar.

Es Flora su nombre, y es madre de flores,
Y á todos les dice su gracia y virtud;
Sus tallos matiza de lindos colores;
Sus cálices llena de aroma y salud.

III.

Camina al valle, Corina hermosa,
La gracia oiremos de cada flor,
Ya Flora empieza: la bella Rosa
Viene primero llena de amor.

FLORA. ¿Como te llamas?
LA ROSA. Rosa me llamo.
FLORA. Eres hermosa, gaya y gentil.
LA ROSA. Al verte, Flora, de amor me inflamo.
FLORA. Eres la gala mejor de abril;
Eres la reina de la hermosura,
La flor mas bella que dió el pensil.
LA ROSA. Mas mira, Flora, mi donosura
Cercan espinas de punta vil.
FLORA. Eres ingrata, Rosa hechizera;
Mucho que debes á ese aguijon:
Tu guarda acusas;
LA ROSA. Mas yo quisiera...
FLORA. ¿Presumes, Rosa, tener razon?
Sin tus espinas, mano á trevida
Te arrebatara sin compasion;
Y tu corola bella y erguida
De sucia oruga fuera mansion.
LA ROSA. Ehorabuena, Flora querida,
Ya mis espinas sabré apreciar:
Que al fin de cuentas, todo en la vida
Galas y espinas tiene á la par.
FLORA. Es á la Rosa la aguda espina
Lo que á la virgen es el candor!
Que es de sus gracias guardia divina;
Muro que á raya pone el amor...
—Eres ¡Oh Rosa! de abril la gala:
Eres del prado lujo y primor;
¿Cuál á tu aroma dulce se iguala?
¿Cuáles matices, y cuál color?

Doquiera luces llena de hechizos,
En monte nazcas ó en un jardín;
Adornos blondos ó negros rizos,
El seno agracias de bella huri.
Eres emblema de la hermosa,
Eres sonrisa de un serafín;
Cantan alegres tu donosura
Los ruseñores y el colorín.

LA ROSA. Tengo una hermana bella, serena,
Que hace contraste con mi color.

FLORA. La Rosa blanca de encanto llena,
Que simboliza dulce candor.

LA ROSA. Tengo otra hermana dulce, atrayente,
Matiz purpúreo, vivo su olor:

FLORA. Que enciende el pecho con fuego ardiente
De amor de Patria, que es dulce amor.

ROSA. ¿Dónde te escondes, violeta bella?
¿Por qué así esquivas mirar la luz?
Tú que no puedes vivir sin ella,
¿Buscas de sombras densó capuz?
¿Cuál el misterio de tu existencia?
¿Cuál el motivo de tu penar?
¿No brilla el prado con tu presencia?
¿No oyes tus galas siempre admirar?
—Sal, florecilla, lanza al ambiente
Tu grata esencia, tu dulce olor;
Deja que el lirio te bese ardiente,
Te brinde puro su casto amor.
Sal, de modestia cumplido emblema;
Al mundo enseña modesto á ser;
Que el pedantismo doquier se extrema
Entre los hombres y la mujer.
—Flor retirada, dulce violeta,
Abre tu cáliz bello y gentil:
Tú eres la flor que adora el poeta:
Con tí sonríe de amor abril.

LA VIOLETA. Mas que jardines amo las breñas,
Porque me gusta quieta vivir;
Deja mis grietas, deja mis peñas,
Deja mi curso triste seguir.

FLORA. —Tierna Fresera,—
Blanca, argentada,
Y embalsamada,
Del valle prez:
Tú representas
Virtud muy bella;
Tu cáliz sella
La sencillez.

LA FRESERA. Dile á las niñas
Cuán hechicera
Es la Fresera,
Sencilla al ser;
Que yo les sirva
Siempre de guía:
Bien y alegría
Tendrán doquier.

FLORA. Ven ya, *Sensitiva*, de América encanto,
Hermosa, aromada, magnífica flor;
El alba tu cáliz empapa con llanto,
Porque eres emblema de dulce pudor.
Al leve contacto de mano atrevida
Recoges tu pétalo hermoso y gentil;
En tí te concentras y esquivas sentida
Que empañen tu brillo, que alegre el pensil.
—Dime, florecilla, si tienen las flores
Un alma que sienta placeres, penar:
¿Por qué palidecen tus bellos colores,
Si dedo profano te viene á tocar?...
¿Por qué al tacto puro de virgen honesta
Tu tallo no encoges, ni pierdes tu luz?
¿Por qué la impureza tu instinto detesta?
—Dí.—¿Cómo conoces la bella virtud?...
Ya, Flora, detente; que el Ser soberano
Misterio en sus obras le plugo poner;
Adora en los cielos: y sirva mi arcano
De ejemplo á la bella, graciosa mujer!

LA SENSITIVA. —Qué lindo tu tallo,
Bella *Margarita*!
De amantes la cuita
Tú sabes guardar.

FLORA.

La dulce *inocencia*
En tí se extasia:
La casta alegría
Te viene á besar.
—Yo soy del Angel
Sonrisa bella;
Yo soy la huella
De un Querubín.
A la inocencia
Quered, hermosas,
Y venturosas
Sereis sin fin.
Amor del prado,
Jazmín galante,
Siempre elegante
Como el clavel;
La mariposa
Por tí delira;
La abeja tira
De tí su miel.
De tu nativa
Tierra africana
Una mañana
Te traje aquí;
La altiva Rosa,
Al ver tu gala,
Su aroma exhala,
De amor por tí.
Que tú eres emblema,
Jazmín lisonjero,
Del don hechicero
De *amabilidad*.
Tus flores tan blancas,
Tu dulce ambrosia
Vierten poesía
Y felicidad.

MARGARITA.

FLORA.

EL JAZMÍN. Que todos aprendan
Que al cruzar la vida
Es prenda exigida
Muy amable ser.
Con esto se alejan
Mitad de las penas:
Las horas amenas
Se miran correr,
Mientras que el de duro
Carácter mohino,
Siempre y de continuo
Tendrá que penar.
Imiten los hombres
Mi genio flexible,
Y tiempo apacible
Podrán disfrutar.
Bello *Jacinto*,
Blanco, estrellado,
Tallo arqueado,
Estambre azul,
Corola séptupla,
Hojas verdosas,
Finas, sedosas,
Llenas de luz.
Como la rosa
Eres hermoso,
Eres gracioso
Como el jazmín;
Como el amable,
Dulce y *ameno*;
Besa tu seno
El colorín.
Yo simbolizo
La *Amenidad*;
Yo soy hechizo
De la verdad;
Soy *galanura*
Del buen decir:
¿Quién mi hermosura
No ha de seguir?
FLORA al *Ofris*. —Ariadne la dulce, de Idmon hija bella,
Bordaba con tanta destreza y primor,
Que altiva mirando brillante su estrella,
A Minerva reta de hacerlo mejor.

La diosa irritada de tanta arrogancia,
Sus telas, bolillos y encajes rompió;
Y en flor hechicera de dulce fragancia,
A Ariadne la dulce, la bella, cambió.
Y en flor convertida, que finge una araña,
Conserva en industria la altiva beldad,
Y borda sus telas con tal arte y mañás,
Que así simboliza bien la *Habilidad*.

EL OFRIS.

—Quedó lejos

Mi edad pura;
Mi hermosura
Ya pasó;
Mas conservo
Mi talento,
Que en aumento
Miro yo.

—Sepan las niñas

Que la belleza
Apéna empieza,
Declina ya;
Que es el estudio
Que eleva el alma,
Y dulce calma
Siempre no da.

FLORA.

Entre verde y amarilla

Te alzas, alegre *Reseda*;
En tu cáliz mucho queda
De tu perfume oriental.
Hace un siglo te trajeron
De tu patria, Berbería,
Y se aumenta cada día
Tu *mérito* sin igual.

Nuevos hechizos, virtudes
Se descubren en tus flores:
Que ocultas tus mil primores
Con modestia y esquivéz.

LA RESEDA.

Es el *mérito modesto*

Lo que al alma grande sella:
La luz grata que destella
Presta al ángel brillantez.

LA ROSA.

Rey de las flores, Lirio esplendente:

Mi voz te aclama—tuyo es mi amor:
Entre las flores que dió el Oriente,
¿Cuál igualara tu grato olor?
Sobre tu tallo se alzan graciosas
Tus ocho hojillas en capitel:

Tres de ellas miran al cielo airoso,
Mientras las otras siempre amorosas
A sus hermanas forman dosel.

Tu enhiesta forma, bella, elegante,
Solo en jardines sabe reinar:
Si de otras flores te hallas distante,
Triste te inclinas al aura errante,
Y entre sus besos vas á expiar.

JAZMIN.

Yo fui el aroma, yo fui el ornato
Del sacro Altar del Dios de Israel;
Y allí me alzaba plácido, grato,
Con mas delicia que en el vergel.

—Yo fui corona de Salomón
Y deleitaba su corazón.

—Con margaritas y bello-lis
Hizo sus motes el rey San Luis.

—De Francia altiva yo hice la gloria,
Y son sus fastos mi propia historia;
Insignia fui de sus campeones,
Y di colores á sus pendones.

FLORA.

—Tu blanco pétalo,
Tu cáliz cándido,
Llenan de célico
Y tierno amor;
La virgen púdica
En tí su símbolo
Encuentra plácida
De su candor.

—Triple en tu emblema y uno en tu forma,
Representas *Candor*, *Majestad*
Y *Donosura*;

En tí las niñas miran su norma:
Candor es guarda de la beldad
Y la ventura.

Yo te proclamo gala del campo,
Rey de las flores, lujo de abril;
Tú rivalizas de nieve el ampo;
Mi amor es tuyo, Lirio gentil.

IV.

La noche tiende doquiera
Su plegado negro manto;
Se aleja Flora, y su canto
Con el alba seguirá.
Con las flores que ha cantado,
Te obsequia, virgen hermosa;
Y guirnalda primorosa
A tus sienos ceñirá.

V.

EL POETA.

Eres hermosa

Como la *Rosa*;
Eres tan pura
Cual flor de *Lis*.
Ya tu ventura
Clama el *Ofris*:
Y la *Reseda*
Te dice leda;
Por tu talento
Brillas doquier;
Tu dulce acento
Vierte placer.
Te aclama viva
La *Sensitiva*
Por el encanto
De tu pudor;
Y el *Amaranto*
Te da su amor.
La *Margarita*
De Dios bendita,
A tu inocencia
Imparte prez.
De tu existencia
La sencillez
Viene hechicera,
Dulce *Freseña*,
Por los jardines
A pregonar,
Y á los jazmines
Vase á juntar.

Para que digan con las *Violetas*:
Que eres modesta, que eres amable:
Que tú mereces de los poetas
Himno á tu gracia dulce, adorable.

VI.

A tí, Corina, las gayas flores:
A tí la *Oliva* verde de paz;
A tí los cantos de ruiseñores;
A tí del cielo dulce solaz.

¡Jamás escuches en tus jardines
El soplo airado del Vendabal;
Ni lleve el aroma de tus jazmines
Del triste invierno soplo glacial!

¡Céfiro blando bese tus rosas;
Canten las aves en tu vergel;
Puéblenlo errantes las mariposas;
Y allí la abeja labre su miel!

¡Tu planta huelle flores doquiera;
Te dé sus notas el colorín;
Eterna sea tu primavera,
Rija tus pasos un Serafin!

A tí los lirios, mi amiga hermosa,
Las rosas bellas siempre á tus piés:
¡En mi camino la zarza odiosa,
Amargo agenjo—triste ciprés!...

París 10 de julio de 1834.

JOSÉ MARÍA TORRES CENICEDO.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.